



Maruja Zorita, nuestra “mujer del tiempo” en Ciudad Real

“Poca gente sabe que una tormenta tiene, en electricidad, la potencia similar a una bomba atómica”

Vieja es la historia del Observatorio Meteorológico de Ciudad Real. Se fundaba el 4 de marzo de 1860, en plena monarquía isabelina, y formó parte, junto a una veintena más, de un proyecto de modernización en una España presa de intrigas políticas y escasa de dotaciones científicas. Desde entonces, han pasado muchas primaveras, los rudimentarios equipos fueron renovándose con los años, y ello, añadido al traslado de la edificación, hacen del observatorio de 1987 uno de los más completos y modernos del país. Pero siempre hay mucho más que la asepsia tecnológica, y éste es el caso. Sus actuales paredes encierran varias décadas de toda una vida a su servicio. Una mujer con nombre de piedra preciosa, de santa y de flor —María Margarita, conocida como Maruja Zorita— hace de la meteorología algo más que la predicción del tiempo.

—Mi padre, era de Valladolid y vino a Ciudad Real como ayudante del catedrático jefe del Observatorio, Carlos López Bustos. Yo fui la última de cinco hermanos. Nací en 1922, muchos años después que ellos, cuando ya no se estilaba. Siempre estaba con mi padre, desde niña me interesaba la meteorología

y me encantaba entrar en los gabinetes de física, química y agricultura del instituto, me refiero al que ahora se llama Instituto Femenino. Como los profesores de entonces eran casi todos unos solterones, me trababan igual que a un juguete. Por aquellos años, el pintor Angel Andrade empezó a llamarme

Marujita en lugar de María Margarita y así me he quedado hasta hoy.

Entre unos y otros la convirtieron en una niña precoz. Siempre al lado de su padre, la presencia de Maruja llegó a ser habitual en cualquier acontecimiento docente. Cursó el bachiller en el mismo instituto que servía de observatorio, al tiempo que simultaneaba su afición por la meteorología y, terminada la enseñanza media, se matriculó en la Escuela de Magisterio.

—En aquellos años estudiaba poca gente, y menos las chicas, por lo que me tenían en palmitas. Las niñas estábamos muy consentidas aunque, eso sí, a la hora de los exámenes todo el mundo tenía las mismas obligaciones. El día de mi santo me regalaban bombones, chocolate, barquillos y algún que otro ramito de flores. Ahora es distinto. Las chicas salen y entran cuando quieren, la vida adelanta en algunas cosas y se atrasa en otras. Yo creo que